

Función de la moral cristiana en don Vicente Guerrero y los caudillos políticos

● A pesar de que no eran ocultas las condiciones, que en todos los órdenes guardaba la república; a pesar de la honda división que existía entre los diputados y senadores, apoyando aquéllos al Presidente, oponiéndose éstos al Jefe de Estado; a pesar de que durante los veinte días que tuvo el Congreso de sesiones extraordinarias fueron muchos y crudos los denuestos para el general Guerrero y su ministerio; a pesar de que los papeles públicos subían el tono de sus censuras al Gobierno; a pesar de que bien se sabía que un grupo de generales acaudillado por don Luis Quintanar y don José Antonio Facio conspiraba y de que estos dos jefes se entendían con el vicepresidente Bustamante; a pesar de todo eso, se dice, Guerrero permanecía imperturbable⁶⁰⁶.

Confiaba el presidente de la república especialmente en Bustamante a quien no sólo ayudó a escalar la vicepresidencia, sino puso bajo su mando a las milicias reunidas en ocasión de la aventura de Barradas; milicias a las que se dio el pomposo nombre de *Reservas*, no obstante que no correspondían a un ejército regular ni significaban una verdadera fuerza militar⁶⁰⁷. Asimismo Guerrero hacía omisión de las reservas de Quintanar y Facio y desdeñaba las empresas políticas que se atribuían a don Lucas Alamán, puesto que éste vivía en retiro⁶⁰⁸.

⁶⁰⁶ V. Guerrero al Congreso, en *Los Presidentes*, I, 116, 117

⁶⁰⁷ Zavala, ob. cit., II, 206

⁶⁰⁸ Bocanegra, ob. cit., II, 131, 132

Sin embargo, las correrías de Quintanar y Facio eran ciertas, y el apartamiento de Alamán, falso ⁶⁰⁹. Alamán tenía el carácter de caudillo del partido al que se consideraba con una misión histórica y al que se reconocía con el nombre de *partido de orden*, que equivalía a ser consecuente con el sistema pacífico y rutinario del virreinato, pues había afán de probar que era necesario dirigir al país con un gobierno autoritario a par de fraternal.

Quintanar y Facio, pues, movían aquel teatro, cuyos autores y actores principales formaban grupo y daban instrucciones desde la sombra; y aunque tanto Facio como Quintanar no tenían una hoja limpia de servicios ni de independentistas, ni de guerreros, ni de políticos, ni de mexicanos, los enemigos de la insurgencia los manejaban con facilidad ⁶¹⁰.

El designio principal del grupo podía precisarse en la empresa de derrocar al presidente Guerrero y entregar el gobierno de la Nación al general Bustamante y a los individuos del supuesto orden histórico, de manera que aquél, como vicepresidente de la república, caracterizase la constitucionalidad y el partido que le acompañaba en la empresa, representase a los intereses del bien público ⁶¹¹.

Los trabajos de Quintanar y Facio, pronto hicieron prosélitos; y aunque entre estos estaban Bustamante y los oficiales que formaban en el ejército de reserva, aquél y éstos mantenían en secreto sus proyectos, debido a que estando cerca de ellos el general Antonio López de Santa Anna, a quien se le temía y respetaba, no sólo por los laureles ganados en Tampico antes por la amistad que mantenía inquebrantable con el presidente Guerrero, el propio Santa Anna podía poner en coma el alzamiento a pesar de que no tenía jurisdicción militar ⁶¹².

⁶⁰⁹ *Ibidem*; Apud Zavala; Suárez, ob. cit., 182

⁶¹⁰ Suárez, ob. cit., 182

⁶¹¹ *Ibidem*, 174

⁶¹² *Ibidem*

Por esto mismo, los enemigos del Presidente urdieron otro plan. Al efecto, convencieron al coronel Francisco Toro, comandante de Campeche, a que acaudillara el alzamiento; y como Toro era cuñado de Santa Anna, éste, mientras averiguaba el fondo de la maniobra, quedaría neutralizado. Y así sucedió ⁶¹³.

La sublevación de Toro fue precedida de acontecimientos denotantes de un desmedido despertar de agravios, venganzas y apetitos políticos; porque a la dimisión del señor Zavala, de la secretaría de Hacienda ⁶¹⁴ se siguió la petición del Gobierno mexicano al de Estados Unidos para que retirara a su ministro Poinsett ⁶¹⁵. Después, el acuerdo de la legislatura del estado de México ordenando al teniente gobernador que no entregara el mando a Zavala, no obstante que éste era la autoridad constitucional y había obtenido permiso para separarse temporalmente de su cargo ⁶¹⁶. Días adelante, surgió una división entre los líderes más estimables del guerrerismo ⁶¹⁷. Con todo esto y las condiciones que prevalecían en el país, la caída de Guerrero pareció inminente, por lo cual, el pronunciamiento del coronel Toro no tuvo los caracteres de lo inesperado.

Este, pues, inició la revuelta contra el presidenciado de Guerrero; pero sin desconocer la autoridad del Jefe de Estado, siempre que don Vicente no se opusiera al postulado del pronunciamiento que era declarándose en favor de la república central. De esta manera se pretendía que el general Guerrero diese un golpe de Estado y al mismo tiempo reconociese de facto el derecho del "sistema de pronunciamiento" ⁶¹⁸.

Pero la jefatura de la sublevación que se había concedido mañosamente a Toro, no tuvo los resultados esperados;

⁶¹³ "Acta del Pronunciamiento", en Suárez, 170, 171

⁶¹⁴ *Ibidem*, 164

⁶¹⁵ M. de la Peña y Peña, *Lecciones de Práctica Forense*, Méx., 1838, t. III, 128

⁶¹⁶ Suárez, *ob. cit.*, 165

⁶¹⁷ *Ibidem*

⁶¹⁸ "Acta" *cit.*, *supra*

porque Santa Anna, la legislatura de Veracruz y los cívicos de Jalapa se dispusieron a contrarrestar el golpe, lo cual demoró el objetivo principal de los contrarrevolucionarios, que era hacer aparecer al general Bustamante como obligado a pronunciarse ante la petición unánime del ejército. Así que el desarrollo de la trama del levantamiento demoró un mes.

Entre tanto, el presidente Guerrero no pudo fortalecerse, ni Santa Anna logró hacer desistir de su empresa a Bustamante, Quintanar y Facio, ni el Gobierno nacional fue capaz de dar a Santa Anna los medios para batir a los conjurados, debido a todo lo cual, el camino quedó expedito a los hombres del llamado *partido del orden*, para cumplir sus propósitos, que se hicieron efectivos el 4 de diciembre del 1829 ⁶¹⁹.

Ese día, arguyéndose que estaba roto el orden constitucional, no obstante que no existía prueba alguna de que el presidente Guerrero hubiese conculcado la constitucionalidad, el "ejército de reserva" se declaró sostenedor del "pacto federal" y pidió a Guerrero que renunciara a las facultades extraordinarias que se le habían concedido a fin de combatir a los invasores españoles. Luego, acordó invitar a los generales Bustamante y Santa Anna para que se pusiesen al frente del plan reivindicador y por último, resolvió dirigirse a los pronunciados de Campeche, para que contribuyeran "al restablecimiento del imperio de las leyes" ⁶²⁰.

El plan no podía ser más burdo. La mixturación de principios políticos, las contradicciones constitucionales, las incongruencias del caudillaje y lo incierto de las instituciones denotaban que otro, y no los señalados, eran los designios del pronunciamiento; y tales no podían ser sino la venganza contra la insurgencia, de la cual era caudillo indiscutible don Vicente Guerrero, a quien los virreinalistas no podían perdonar ni su amor a los estratos pobres de la sociedad,

⁶¹⁹ *Plan del Ejército Protector*, Jalapa, 4 Diciembre 1829

⁶²⁰ *Ibidem*

ni su culto a la democracia, ni la fuerza de su independentismo, ni su desdén a los aristócratas y burgueses, ni el color trigueño de su cutis ⁶²¹.

Frente a aquel infortunado acontecimiento, el general Santa Anna apareció como el único jefe guerrero capaz de derrotar a los desleales bustamantinos; pero Santa Anna, escaso de recursos, con una corta milicia bajo sus órdenes y circundado por los levantiscos, recurrió a ardidés impropios de la guerra y propios para las carreras políticas; porque de allí, de aquel artificio partió su fama de veleidoso, embustero y farsante, que le dieron los reaccionarios y virreinalistas y que ha llegado a nuestros días, repetida y aumentada por escritores noveleros ⁶²².

El ardid de Santa Anna, que consistió en no condenar abiertamente el "sistema de pronunciamiento", ni señalar la deslealtad de los soldados, ni poner de manifiesto los designios bustamantinos, no fue propio de un hombre de guerra, aunque explicable en el político; tampoco de largo plazo, puesto que veinticuatro días después, el general Santa Anna estaba de nuevo en el gobierno de Veracruz al que aparentemente había renunciado, y se ponía al frente de un grupo armado proclamando su obediencia al presidente Guerrero, defendiendo la legalidad y declarándose contrario al "gobierno intruso instalado en la capital" ⁶²³.

En efecto, el general Bustamante, creyendo que su colega Santa Anna estaba neutralizado, asumió franca y abiertamente la capitania del alzamiento; y a partir del 5 de diciembre el agrupamiento de soldados y oficiales, en su mayoría producto de la leva, que le seguía con el nombre de *Ejército protector de la soberanía de los Estados*, se puso en camino hacia la capital de la república ⁶²⁴.

Mucho había dudado el presidente Guerrero de la deslealtad del vicepresidente don Anastasio Bustamante, pues

⁶²¹ Suárez, ob. cit., 174

⁶²² Santa Anna a M. Múzquiz, en Suárez, 175, 176

⁶²³ "Acta que celebró en la villa de Jalapa", en Suárez, 183, 184

⁶²⁴ Zavala, ob. cit., II, 115, 116

si no ignoraba su sociedad con los reaccionarios y virreinalistas, tampoco olvidaba las palabras de Bustamante, cuando éste partió al acantonamiento de Jalapa: "¡Jamás desenvainaré mi espada contra el general Guerrero!"; pero la duda se disipó, para que la realidad ocupase el trono, al llegar a México los primeros pliegos de la proclama rebelde de Bustamante y de la resolución neutralizante de Santa Anna. Así y todo, y no obstante que había perdido la amistad y consejo de la *élite* del grupo democrático, don Vicente Guerrero llamó a los diputados a un período de sesiones extraordinarias, y él mismo se presentó en la cámara, para dar cuenta de la situación y solicitar permiso para dejar la presidencia y salir a combatir con los alzados, que avanzaban de Jalapa a Puebla ⁶²⁵.

Guerrero expidió el decreto de marcha el 17 de diciembre. Ese mismo día el Congreso nombró presidente provisional a don José Ma. Bocanegra, hombre de cortas luces, de escasas malicias políticas, ayuno de ideas, pero individuo de lealtad suprema, de incontrovertible patriotismo y de rectitud digna de un repúblico ⁶²⁶.

Silenciosa y amarga fue la salida de la ciudad de México del general Guerrero, cuyo presidenciado sólo tuvo una duración de ocho meses y diecisiete días; presidenciado al que si no dio brillo ni alas, sí le dejó el sello del entendimiento popular y la empresa de lo generoso. Con Guerrero marcharon cuatro centenares de soldados y un grupo de voluntarios de la antigua insurgencia. Todos se encaminaron hacia el sur del país ⁶²⁷.

Mientras que Santa Anna se disponía a la guerra contra el bustamantismo, a las 2 de la mañana del 23 de diciembre el general Luis Quintanar puso sobre las armas, al grito de "¡Viva el general Bustamante!", en el cuartel anejo al palacio nacional al 3º de infantería, "al cuerpo de inválidos

⁶²⁵ Bocanegra, II, 58

⁶²⁶ *Ibidem*, 110 y ss.

⁶²⁷ *Ibidem*

y (a) varios piquetes de otros cuerpos”, posesionándose luego de los puntos dominantes de la residencia presidencial; y habiendo sido informado de este movimiento el presidente Bocanegra, quien habitaba en el mismo recinto, se dispuso a la defensa de la constitucionalidad, expidiendo a las cinco de la mañana un citatorio a ministros, gobernador y comandante militar del Distrito, para una reunión ⁶²⁸.

A la junta sólo acudieron unas cuantas personas, dominando entre ellas el pesimismo. El Presidente, en efecto, para la defensa del palacio no contaba más que “con trescientos hombres escasos, mal vestidos, mal alimentados y sin ninguna disciplina”, mientras los pronunciados iban aumentando sus filas debido a nuevas defecciones ⁶²⁹. Esto no obstante, Bocanegra, apoyado por el comandante general Pedro Ma. Anaya, de lealtad y valor admirables, mandó abrir el fuego sobre la gente de Quintanar, que ya estaba posesionada de la mayor parte de la capital y quien a la tarde de ese día 23, pudo entrar a las habitaciones del palacio, viéndose precisado el Presidente a retirarse “a un lugar privado del jardín del mismo palacio”, para dirigirse poco después a su casa ⁶³⁰.

El presidenciado constitucional había terminado. La teoría del alzamiento dominaba por encima de la “Constitución y las Leyes”. La osadía, auxiliada por la pobreza y desocupación rurales, triunfaba sobre lo que tenía las probaciones de la legalidad. Existía otro agente poderoso que daba alas al alzamiento y base a las mutaciones de hombres y instituciones: el reino de la moral cristiana. En efecto, sobre el culto a las leyes el país, después de trescientos años de propaganda cristiana, México estaba inficionado de ética religiosa; y si los estratos populares no correspondían a los dictados teológicos llamados *mandamientos de la ley de Dios*, no acontecía lo mismo con las clases dominantes, fuesen es-

⁶²⁸ *Ibidem*, 125 y ss.

⁶²⁹ *Ibidem*

⁶³⁰ *Ibidem*

tas aristocráticas o demócratas. La pequeña *élite* política, de la época que estudiamos, era eminentemente cristiana ⁶³¹.

De esta suerte, el influjo de una moral predicada por la Iglesia, era decisivo en el proceder, ya en ley positiva, ya en ley natural de los individuos, dentro y fuera del teatro político. Los problemas trascendentes o intrascendentes del Estado y sus representantes pasaban por un tamiz de moral cristiana, de manera que la propia Constitución, por más que se le respetase, quedaba sometida al criterio moral de la religión católica. De aquí la aparente, y sólo aparente contradicción entre quienes diciéndose partidarios de la Constitución desobedecían los preceptos de la Constitución. De aquí también, que no existiese la inflexibilidad constitucionalista de los hombres. El "no matarás" y otros mandamientos preconizados por el cristianismo, determinaban el proceder de presidentes y antipresidentes de la república.

Pero para el ejercicio de esa práctica, que fue el origen de las leyes consuetudinarias de México, no se proclamó el mandato moral ni el dogma religioso. La moral reinante no era dictada por una autoridad personal: correspondía a la autoridad síquica del individuo. Tal fue el caso que, como precedente político, sucedió con el general don Vicente Guerrero.

Este, luego de abandonar la ciudad de México con el propósito de organizar sus tropas y salir al encuentro del general Bustamante en Puebla, eligió las llanuras de Ayacapixtla para tal objeto; pero hallando dificultades para el avituallamiento de su tropa marchó a Jonacatepec, en donde enterado del pronunciamiento en la ciudad de México, en Puebla y otros lugares, entregó el mando de los soldados al general Ignacio Mora, y el 25 de diciembre se dirigió al Congreso llamándose *último súbdito de la Nación*, depositando "el bastón del presidente" en el propio Congreso. Al igual de don Manuel Gómez Pedraza, los mandamientos

⁶³¹ *Lista de los individuos que . . . componen la más antigua y Muy Ilustre Archicofradía . . . de la Santa Veracruz, s.p.i. (1825)*

de la moral cristiana habían vencido a la autoridad civil de don Vicente Guerrero. “ . . . no hubiese sido difícil acercarme a Puebla con seis o siete mil hombres (dice el documento de la renunciación) . . . pero . . . creciendo la exaltación de las pasiones, era necesario obrar con la espada desnuda y romper los diques de los lazos de sangre . . . ¿sería cordura presentarse en el campo de batalla con un ejército que se diría lo comprometió a obrar por defender mi causa propia?”⁶³².

Cuando Guerrero firmó la entrega voluntaria de la presidencia de la república, México todavía estaba distante de la instauración de la moral cívica que dio estabilidad al Estado y responsabilidad a los gobernantes.